

África en el desarrollo global

Africa in global development

ALBAN KOUAKOU*



PALABRAS CLAVE

Desarrollo; Mundialización; Plan Marshall África; Cooperación; Gobierno regional.

RESUMEN Con la mundialización fracasando en Occidente, el desarrollo africano entra en una crisis de modelo. Si la cooperación Norte-Sur aparece perjudicial en el continente, el modelo de Estado desarrollista asiático seduce. Pero la idea de un nuevo Plan Marshall para África arroja nuevas dudas e inquietudes. Existen en la actualidad algunas buenas expectativas de desarrollo africano que conviene consolidar reinventando por ejemplo el gobierno regional.

KEYWORDS

Development; Mundialization; Marshall Plan Africa; Cooperation; Regional government.

ABSTRACT With mundialization failing in the West, African development faces with a model crisis. If North-South cooperation appears harmful, Asian developmental state model seduces. But the idea of the new Marshall Plan for Africa raises new doubts and concerns. This article argues that there are actually some good expectations about African development that should be consolidated reinventing the regional government.

MOTS CLÉS

Développement; Mondialisation; Plan Marshall Afrique; Coopération; Gouvernement régional.

RÉSUMÉ Avec l'échec continu de la mondialisation en Occident, le développement africain entre dans une crise de modèle. Ces dernières années, le modèle de développement étatique des pays asiatiques fascine, relègue même la coopération Nord-Sud à un second plan. Mais l'idée d'un nouveau Plan Marshall pour l'Afrique suscite de nouvelles interrogations. Cet article met l'accent sur les espoirs tout en encourageant un meilleur progrès à travers la réinvention entre autre du gouvernement régional.

* Alban Kouakou es doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid.

Introducción

Si el desarrollo fuese un género literario, la ayuda correspondería sin duda a la subcategoría tragedia. En 2009, Dambisa Moyo, en su obra¹, proclamaba su muerte. Años antes, Williams Easterly hacía casi lo mismo². Y recientemente, Angus Deaton, el Nobel de economía en un ejercicio parecido, la condenaba³. Las causas de los problemas africanos son complejos y deberíamos por lo tanto tener cuidado con las soluciones simples. En África, el entorno empresarial aún no es óptimo. Las infraestructuras escasean, los Estados fallidos o frágiles abundan, el sistema bancario es casi ausente y la garantía de la propiedad privada por los sistemas judiciales aún deja mucho que desear. Debido al clima de alto riesgo (guerras, terrorismo, Boko Haram), los inversores exigen un mínimo de un 15% de beneficio sobre la inversión cuando la regla general es de un 10%. Es ilusorio creer que sin ayuda se puede sacar a los millones de africanos de la pobreza extrema. Es más, puede que la ayuda en sí no sea en muchos casos la respuesta. La inyección repentina, por ejemplo, de grandes cantidades donadas de liquidez en la economía produce inflación. La inflación en África significa el “ahorcamiento” asegurado de las numerosas familias empobrecidas y la mayoría de los economistas están de acuerdo sobre los efectos dañinos de la aplicación de teorías cuantitativas. África no podría ser la excepción. Sin embargo, si la ayuda significase el “ahorcamiento” de algunas familias, puede que, sin ella, se registrase la desaparición precoz de las mismas.

Lo anterior sugiere la necesidad de buscar el equilibrio entre la ayuda extranjera y el esfuerzo local. En ese sentido, mucho se ha hecho pero mucho queda por hacer. Por ejemplo, un continente menesteroso de ayuda urgente, como puntualizaba la revista *The Economist* en 2000, “The hopeless continent” (el continente sin esperanza), hemos pasado a ser un continente con crecimiento (*Africa rising*). Recientemente se habla de *leapfrogging* o una África emergente. La evolución en esos últimos años es simplemente extraordinaria. Pero ¿dónde situar exactamente esos progresos? ¿Se refieren al crecimiento como mercado o como fuerza socioeconómica llevadora de alguna civilización? Si nuevamente desde el G-20 se habla de un Plan Marshall para África, ¿cuál sería la concordancia entre las últimas narrativas mundiales de la bonanza económica africana y su realidad? ¿Qué lugar ocupa claramente África en la dinámica actual de desarrollo global? ¿Cómo puede esa dinámica de desarrollo transformar o mundializar las fuerzas africanas? ¿Cómo leerse las nuevas buenas expectativas registradas en el continente, ¿un mero falso amanecer?

- 1 M. Dambisa (2009): *Dead Aid: Why Aid is not Working and How There Is a Better Way for Africa*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.
- 2 W. Easterly (2006): *The white man's burden: why the west's effort to aid the rest have done so much ill and so little good*, Hardcover.
- 3 A. Deaton (2013): *The great escape: health, wealth and the origin of inequality*, Princeton, Princeton University Press.

El orden global y las crisis de desarrollo africano

Los acontecimientos de los últimos años en el mundo dan la impresión de que la mundialización puede llegar a “fracasar” en Occidente. Si después de la caída del muro de Berlín, la mundialización que se supone ayudaría a reestructurar el mundo y llevar el desarrollo a todos los rincones, fracasa en Occidente, su lugar de origen; es lógico que en el resto del mundo, incluyendo África, dejase de ser un referente válido.

El desarrollo africano en un mundo en busca de sentido

Como afirman Lamy, Gnesotto y Baer⁴, ya nada funciona. Vivimos en un mundo de contraste, manifiestamente desamparado, sin orientación clara, donde, cada vez más, el tren de la mundialización misma parece descarrilarse. Inició su viaje tras la caída del muro de Berlín, como una mundialización “dulce”⁵. Se creyó que iba a cambiar el mundo. La seguridad había llegado para quedarse. Se habló incluso de fin de la historia recalando un mundo que se había convertido definitivamente en un “océano” occidental repleto de democracia, de prosperidad infinita y de desarrollo. Los intentos de globalización de ese “océano” siguieron. Y la tercera ola de democracia llegó a África⁶. Mandela fue liberado poniendo fin al *apartheid*. Desde Sudáfrica se promovió el concepto de “renacimiento africano” que pretendía democracia y comercio próspero para toda África. Aquel sueño global de mundialización fue esperanzador mientras duró.

En 2001 entramos en una fase de mundialización dolorosa marcada por el derrumbe de las “torres gemelas” en Nueva York. Las esperanzas se convierten en ilusiones. En África, las misiones de paz (Burundi 2003 y Sudán 2004), pensadas para ser una respuesta global, permanecieron durante mucho tiempo respuesta africana antes de su recuperación por las Naciones Unidas. Los programas de desarrollo global enmarcados en la Agenda de los Objetivos de Desarrollo del Milenio no fueron acompañados de un real seguimiento. En todas partes nacía una especie de clima de “sálvese quien pueda” que exacerbó la crisis financiera de 2007. Las viejas democracias y potencias empezaron a luchar por su propia supervivencia. Su esfuerzo conjunto era solo para eliminar amenazas o servir, por ejemplo, de cortafuego al terrorismo.

Últimamente, la mundialización parece reforzar la dinámica de delincuencia del viejo orden mundial. En todas partes, las crisis de poder y las impotencias se multiplican. Crimea es anexado por Rusia. La efervescencia terrorista aumenta con la militarización del extremismo terrorista. Corea del Norte sigue con sus ensayos de misiles intercontinentales y avanza inexorablemente hacia el arma nuclear sin temer a nadie. En estas condiciones, bajo estas premisas, el modelo de desarrollo entra en crisis, sobre todo en lo que se refiere a África.

4 P. Lamy; N. Gnesotto y M. Baer (2017): *Où va le monde?*, París, Odile Jacob.

5 *Ibidem*, p. 11.

6 S. Huntington (1994): *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós.

El desarrollo africano, una crisis constante de modelo

Las primeras dudas nos llegan de la propia corriente capitalista o neoliberal. Si desde Adam Smith, la idea de “mano invisible en el mercado” impuso la hegemonía del mercado sobre el Estado (idea asumida y reforzada en 1990 con el Consenso de Washington), el New Deal promovido bajo el mandato de Roosevelt parecía arrojar otro tipo de mensaje. Con el Congreso de Bad Godesberg de 1959 y el Consenso de Santiago de 1998, el capitalismo parecía resumirse en tanto mercado como fuera posible y tanto Estado como sea necesario. La supervivencia del modelo parecía exigir cierta compatibilidad entre el mercado y la existencia de un Estado necesario. Lo que también se evidencia en la respuesta keynesiana a la crisis global de 2007, consolidando esa idea de Estado necesario. El caso es que esta guerra entre capitalismo o gobernanzas impulsa en África al menos tres acepciones de la cooperación al desarrollo: una cooperación perjudicial, una cooperación beneficiosa o *win-win* y una tercera vía en que el modelo mismo de Estado desarrollista asiático seduce a África.

La cooperación perjudicial

En África, la cooperación perjudicial puede entenderse de dos maneras: a) la cooperación civilizadora que privilegia el cumplimiento de los condicionantes por encima del propio desarrollo, y b) la nueva oleada hacia África que augura un nuevo reparto del continente. En efecto, más allá de la esclavitud, el pacto de Berlín de 1885, y la colonización, el precedente más sobresaliente de la cooperación moldeada en función de los intereses y visión de los actores internacionales se remonta a 1981 con el Plan Eliot Berg, un conjunto de programas de ajuste estructural.

Esos programas impuestos por el Banco Mundial cuyo cumplimiento condicionaba la ayuda o financiación de los Estados, produjeron más sufrimiento que alivio. No importa si Robert Calderisi llegase a afirmar que nunca fracasaron y que simplemente no se les dieron posibilidad de transformar o mejorar la vida de los africanos; la realidad es que se aplicaron y la pobreza con su lote de sufrimiento se extendieron todavía. Lo que exacerbó aún los fantasmas de aquella opresión y el dominio occidental de la época de la colonización. No obstante, la lógica de cooperación al desarrollo supeditada a condicionantes civilizadoras siguió.

Junto a la cooperación civilizadora, la nueva oleada hacia África también preocupa. Hasta hace poco, la presencia de potencias militares antagónicas en el cuerno de África remontaba a las rivalidades URSS-EE UU de la guerra fría. Hoy, nada más que en Djibouti se registran tres bases militares de potencias mundiales: Francia, EE UU y China. Rusia con su fuerte actividad en Oriente Medio también ha estado fortaleciendo su presencia en Sudán, Eritrea, Etiopía. India, por su parte, sospechando la fuerte presencia china en el océano Índico intenta acercarse a Mauricio estrechando sus relaciones. Pero la oleada no es solo militar es también económica. Más allá de las potencias comerciales tradicionales el comercio chino con África supera los 300.000 millones de dólares. Según un informe de la consultoría Mc Kinsey, las empresas chinas en África ascienden a más de 10000. En el continente se habla incluso de

“*chinafrique*”. Pero esto no supone que la competencia de otros grandes asiáticos sea menos visible, sino que la rivalidad entre Japón y China en regiones africanas es notable. El comercio con India asciende a los 30.000 millones de dólares. Los llamados Next 11, especialmente Indonesia, Corea del Sur, Pakistán están particularmente presentes. Por otra parte, el comercio con Brasil ronda los 26.000 millones de dólares. El comercio con Alemania asciende los 46.000 millones de euros. Manifiestamente, la oleada hace temer un nuevo reparto de África. Según Oxfam, el 70% de los 2,27 millones de km² de tierras arrendadas o vendidas desde 2001 se concentra en África Subsahariana. La preocupación es aún mayor cuando al lado de ese acaparamiento, el nuevo Plan Marshall aparece como un neoconsenso de Washington en que los países industrializados deben dictar sus condiciones a los países africanos con recursos.

La cooperación beneficiosa o ‘win-win’

En cierto modo, el gran interés por África también puede considerarse beneficiosa para el continente, pues se traduce en inversión directa crucial para el crecimiento económico. Sin embargo, en el continente, la cooperación beneficiosa o *win-win* se refiere a la cooperación horizontal, no la vertical. En este sentido la cooperación Sur-Sur, libre de pasado colonial, es más consentida actualmente que la cooperación Norte-Sur, pues, además de asentar las relaciones sobre el respeto mutuo, persigue una especie de interés común de las partes. Asimismo, la presencia amistosa de India en África no es solo comercial, es también diplomática. India y Japón hacen suya la causa africana de reforma del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En las Naciones Unidas China busca contar con los 54 votos africanos en la causa de Taiwán. Por su parte los países de África que rechazan participar en la Corte Penal Internacional encuentran aliados en India y China que también rechazaron formar parte. Así, los lazos diplomáticos y estratégicos intensifican las relaciones de cooperación Sur-Sur.

La cooperación alcanza incluso sectores menos apreciados por los inversores. Como explica *The Economist*, unas nuevas normas para las compañías de seguro y de fondos de pensiones penalizan la inversión con rentabilidad a largo plazo como en carreteras, puertos o vías ferroviarias. Pero China, por ejemplo, no tiene ningún reparo en invertir en esos proyectos que necesita urgentemente África. Se calcula que en los últimos años China ha finalizado en el continente en torno a 1.046 proyectos, construyendo unos 2.233 km de vías ferroviarias y unos 3.530 km de autovías.

Una tercera vía, el Estado desarrollista asiático seduce a África

Más allá de la inversión asiática, en el marco de la cooperación Sur-Sur, es el modelo mismo de Estado desarrollista asiático que seduce África. En julio de 2009, con ocasión de su visita en África, Obama dijo que el continente no necesitaba hombres fuertes sino instituciones sólidas. Es cierto. Sin embargo, la cooperación Sur-Sur y el éxito resplandeciente últimamente de los países asiáticos hacen difícil no recordar a hombres fuertes como Deng Xiaoping de China, Lee Kuan Yew de Singapur, Mahathir de Malasia, Suharto de Indonesia, Park Chung-Hee de Corea del Sur, etc. En efecto, en los años 1960, Asia era un lugar de desesperanza (guerras, hambrunas,

crecimiento nulo); aparecieron esos líderes y también, repentinamente, las esperanzas de desarrollo. La tentación por seguir este modelo es cada vez más perceptible en el continente africano. Ruanda, por ejemplo, en lo económico, parece fundamentarse en la economía de mercado poniendo en práctica todos los criterios neoliberales. Sin embargo, en lo social y político aplica una dura mano de hierro confiscando e impidiendo libertades. En Sudáfrica el Congreso Nacional llegó a publicar recientemente un documento sensibilizando sobre el modelo de desarrollo a seguir: el chino. ¿Puede resultar bueno para África un desarrollo que oprime libertades?

Algunas expectativas africanas de desarrollo

A pesar de las crisis constantes de modelo, existen bastantes motivos de satisfacción con el desarrollo africano. África emerge, evidencia una clase media impresionante que protagoniza una casi revolución tecnológica.

África emerge

En la década de 2010, en casi todas partes, el relato sobre África cambiaba al de optimismo. Ciertamente, no se trataba de aquel optimismo cínico de Serge Latouche u otros como Patrick Chabal y Pascal Dalloz⁷ porque había elementos formales para aducir en defensa de ese nuevo optimismo. Según los expertos, sin una clara industrialización el continente podría incluso llegar al boom económico y a la modernización gracias a las nuevas tecnologías, la era digital y el buen gobierno. Y cuando los neo-mercantilistas, como Daniel Rodrik, pedían que se matizara tales afirmaciones, se les respondía esgrimiendo el ejemplo de la India donde durante casi dos décadas el boom económico descansó sobre los servicios antes de dar progresivamente paso a la industrialización como pilar natural del crecimiento.

En los últimos 15 años se ha creado más riquezas que nunca en la historia del continente. Al nivel macroeconómico los datos mejoraron. Si en el periodo 1980-2000 el crecimiento del PIB de África experimentaba un promedio de 2,4%, en la década 2000-2010 rondaba el 6%. De las diez economías que más crecieron en el mundo 6 fueron africanas (Angola, Etiopía, Nigeria, Chad, Mozambique, Ruanda). El PIB del continente superó los 1,7 billones de dólares casi igualando al de Rusia y la deuda pública bajó en niveles históricos. Nuevamente los gobiernos pueden emitir bonos de 10 años e incluso de 30 años, en casos como el de Kenia. En publicaciones como *the fattest billion* de Charles Robertson⁸, se prevé que esa situación de bonanza fuera a más en las próximas décadas, abarcando incluso lo social.

7 Véanse S. Latouche (1998): *L'autre Afrique: entre don et marché*, París, Albin Michel; P. Chabal y J. P. Dalloz (2001): *África camina: el desorden como instrumento político*, Barcelona, Bellaterra.

8 C. Robertson; Y. Mhango y M. Moran (2012): *The fattest billion: the story behind Africa's economic revolution*, Hardcover.

Una clase media y una revolución tecnológica o 'leapfrogging'

La pobreza extrema bajó en 35% en 2015. Existen organismos internacionales y medios como *The Economist* que hablan de “leones africanos” en clara comparación con el crecimiento económico y social experimentado en los años 1990 por algunos países de Asia, conocidos como los “tigres” o “dragones” asiáticos. Según el Banco Africano de Desarrollo, la clase media alcanza los 310 millones de personas. Una cifra que el Banco Mundial aumentó en más de 340 millones, la esperanza de vida aumentó un promedio de 10 años, la mortalidad infantil bajó entre el 4% y el 8%, la tasa de malaria disminuyó en un 50%, las infecciones de VIH se redujeron en un 40% y la tasa de acceso a la educación primaria alcanza el 96%.

En 2010 se contabilizaban 500 millones de usuarios de teléfonos móviles. El uso de internet creció en un 2.500%. Las nuevas tecnologías e internet están transformando las industrias en todo el mundo, pero en África, más que en otros sitios. La infraestructura existente aquí es muy por debajo de las necesidades, por tanto, la telefonía móvil es de alguna manera una compensación y se ha convertido en una revolución real para las finanzas. Según el Banco Mundial, entre 2011 y 2014 la proporción de subsaharianos con cuenta corriente en banco-móvil aumentó del 24% al 34%. África Oriental es uno de los mercados más desarrollados en esa tecnología y se calcula que el 58% de los Keniatas utiliza este servicio. Si los keniatas usan especialmente M-Pesa, empresas como M-Kopa demuestran que esas aplicaciones son más que meros servicios de transferencia de dinero. M-Kopa es el mayor distribuidor keniano de panel solar. Progresiva y paulatinamente el modelo productivo también cambia en el continente. En 2015 la inversión extranjera se situaba en torno a 150.000 millones de dólares. Un 30% de esta cantidad fue dedicada a la industria manufacturera, el 38% a las infraestructuras y tan solo el 28% a la extracción minera.

Ahora bien, si África emerge, si evidencia una clase media impresionante, si su economía va bien, cambia de modelo productivo ¿cómo explicarse la necesidad del lanzamiento de un Plan Marshall con el fin de salvar al continente? ¿De dónde viene esa idea de rescate? ¿Es una falacia la narrativa de bonanza económica o simplemente un falso amanecer?

El desarrollo africano: ¿un falso amanecer?

Está claro que el discurso de bonanza económica africana para ser sostenible debe amoldarse a varios criterios de gestión. La dependencia de la economía a las materias primas no es esperanzadora. El buen gobierno, la estabilidad política, la democratización son imprescindibles, pero, en estos campos precisamente la situación africana a veces es más que preocupante. África evidencia un aumento fulgurante de población en un contexto de empobrecimiento y de falta de empleo; lo que constituye un lastre para la sostenibilidad de la bonanza económica.

La paradoja del crecimiento de la población

El aumento de la población en sí no es necesariamente una desventaja para el crecimiento económico. William Nassau en contra de Malthus, lo decía en sus primeras clases: la población nunca es demasiado numerosa. En efecto, si el crecimiento de la población se acompaña de buena gobernanza, optimizando el progreso técnico para la productividad, ese crecimiento puede llegar a ser una oportunidad para la economía. Además, en el caso africano se trata de una población joven y cada vez mejor educada que puede constituir una verdadera mano de obra. Sin embargo, en África la gobernanza deja mucho que desear. Según la FAO en 2016 África contabilizaba 233 millones de hambrientos y malnutridos. Bajo esta premisa, el crecimiento de la población que se estima doblaría en torno a 2040 para superar los 2 billones de habitantes es preocupante, en tanto aumentaría el número de pobres. Según el Banco Mundial la pobreza extrema bajó del 56% en 1990 al 43% en 2012 alcanzando el 35% en 2015, sin embargo, el número de pobres ha aumentado de 280 millones en 1990 a 330 millones en 2012. Estas cifras se dan en un contexto generalizado de desempleo; así, en una población mayoritariamente joven, los jóvenes representan el 60% del desempleo. No es posible pensar que estos datos negativos no arruinarían las actuales expectativas de crecimiento.

Los intentos de modernización en un contexto de Estados fallidos

En África se distingue entre Estados anárquicos (*anarchic States*), aquellos en los cuales no existe ningún poder político centralizado —Somalia—; Estados fantasmas (*phantom States*) en los que existe una autoridad pero solo limitada a la capital y unos kilómetros alrededor —República Democrática del Congo—; Estados anémicos o débiles (*anaemic States*) en los que los escasos recursos han sido en su mayoría utilizados para financiar la guerra contra grupos secesionistas; Estados apesados o capturados (*captured States*) en los que el poder estatal se encuentra acaparado por un determinado grupo étnico —Ruanda—⁹.

Según Fund for Peace, en 2015 los 4 países completamente fallidos eran africanos (Sudán del Sur, Somalia, República Centroafricana, Sudán), otros 23 se encontraban en situación de fragilidad avanzada. La fragilidad del Estado es un problema preocupante pues si un Estado carece de autoridad legítima, de servicios públicos y de sistemas institucionales ¿quién lo representa tanto en la esfera nacional como internacional? Si está colapsado, no recauda impuestos, carece de liquidez, de capacidad estatal, ¿cómo se financia?, ¿cómo se desarrolla? Desde este punto de vista, la narrativa de bonanza económica africana a veces aparece demasiado optimista. En efecto, los Estados fallidos o frágiles africanos suman más de la mitad de la población africana. Lo que significa que en la actualidad uno de cada dos africanos vive en un Estado fallido. En esta condición, ¿cómo puede resultar fidedigno el discurso de prosperidad africana? Es más, el incremento de la inseguridad y el retroceso constante de la democracia tampoco ayuda.

⁹ Véanse G. J. Gros (1996): "Toward a taxonomy of failed States in the new world order: Decaying Somalia, Liberia, Rwanda and Haiti", *Third World Quarterly*, vol. 17, nº 3, septiembre, pp. 455-471.

El crecimiento de la inseguridad y el retroceso de la democracia

Con las organizaciones terroristas (Boko Haram, Al Qaeda, Aqmi, Al shebab, etc.) hay un repunte en el número de conflictos en los últimos años en África. Además de los focos tradicionales de conflictos interestatales o intraestatales (Sudán, Sudán del Sur, Eritrea, Congo, Somalia, etc.) se han señalado nuevos focos como Libia, Malí o República Centroafricana. En 2011 la guerra de Sudán del Sur acaeció 2 millones de refugiados, en 2014 las atrocidades de los Seleka u otros Anti Balaka en República Centroafricana contabilizaron 5.000 muertos, en Nigeria desde 2009 la presencia de Boko Haram ha causado 13.000 víctimas y casi 2 millones de desplazados. Los ataques de los terroristas se expanden cada vez más a toda África. Según el Alto Comisariado para los Refugiados (HCR), África Subsahariana alberga más del 26% de la totalidad de los refugiados del mundo. Esta situación de conflicto merma considerablemente el discurso o las previsiones de bonanza económica africana. En los países afectados, los conflictos no sólo incrementan la pobreza, la malnutrición y la falta de educación básica, sino que también favorecen el retroceso de la democracia. Burundi y Malí, por ejemplo, han retrocedido en su avance democrático. Asimismo, si en 2010 los países democráticos africanos sumaban 26, según Freedom House nuevamente apenas superan 20 países.

Lo anterior muestra que la idea de bonanza económica africana queda en entredicho. Sin embargo, fundamentalmente la mayoría de los problemas susceptibles de impedir la materialización de la misma es relativa a la competencia, al conocimiento técnico de los dirigentes africanos.

Consolidar el crecimiento, el ‘vaso medio lleno’

El debate sobre las potencialidades o las contradicciones de África no es nuevo. Pero cada año, a la imagen de la iniciativa del nuevo Plan Marshall, nuevos actores se interesan por el continente. No parece pues creíble que tantos actores globales e informados puedan interesarse continuamente por una quimera. Más que contradicciones, África tiene un enorme potencial. Simplemente los africanos han de convertir ese potencial en fuerza para el crecimiento. Si la mundialización parece fracasar en armonizar las suputaciones locales, la integración aparece una buena apuesta para superar las tensiones geopolíticas que impiden el desarrollo. Pero en África precisamente esa integración debe reinventarse.

El ‘vaso medio lleno’

África es plural y en ella el discurso de bonanza económica deba matizarse. Esos matices obviamente no quitan que la bonanza tan comentada sea en parte real. África es un punto neurálgico para la nueva realidad geoeconómica y es lo que explica el gran interés de numerosos actores globales o internacionales. La participación africana en el comercio mundial aún es marginal pero las potencialidades son reales, el continente alberga el 60% de las tierras cultivables del mundo, los réditos de la

extracción petrolera giran en torno a 34.000 millones de dólares. En las próximas décadas África puede convertirse en uno de los mayores productores mundiales de petróleo y de gas natural, de manera general, las reservas conocidas de petróleo del continente han aumentado en un 40% y se calcula que en la actualidad han sido descubiertas tan solo un 20% del total de reservas africanas. Si esos yacimientos son particularmente importantes, es la rentabilidad sobre la inversión que hace más atractivo al continente, la rentabilidad baja en los países de la OCDE debido a la crisis hizo que África se volviese un lugar de destino. También las nuevas tecnologías facilitan el aumento de la productividad en el continente. El gran desafío de los africanos es convertir ese crecimiento en desarrollo. Para ello, hace falta reinventar el gobierno regional para crear una fuerza capaz de canalizar el buen gobierno solucionando las eventuales o inevitables “trampas de Tucídides”, así como las tensiones geopolíticas.

Consolidar el crecimiento, reinventar el gobierno regional

El desarrollo africano debe ser contratista. Los gobiernos solitarios forzosamente disminuidos y débiles deben depositar su seguridad o confianza desarrollista en un gran gobierno fuerte capaz de dirimir las vicisitudes del desarrollo. En el caso de los llamados “tigres o dragones de Asia” la adhesión a la economía de mercado en un contexto de guerra fría significó el amparo implícito de cara al desarrollo por parte del más fuerte. En el actual contexto de coexistencia pacífica, África debe crear a través de la integración ese Leviatán que canalice y acompañe al desarrollo. Siguiendo a Alison Graham, la “trampa de Tucídides”, las tensiones geopolíticas, el hecho de que poderes establecidos luchen por impedir que nuevos poderes emerjan para desestabilizar su comodidad inicial, son fenómenos naturales entre Estados. De ahí que de cara al desarrollo africano, la integración regional sea imperiosa. Pero la integración no es la suma de Estados. Ni mucho menos. Es la conjugación de las capacidades de los mismos. Precisa de capacidad estatal e institucional, recursos, cierta dotación en factores de producción, complementariedad de los países involucrados, niveles similares de desarrollo, inclusive ventajas comparativas cerca de la media mundial, etc. Así pues en África la integración vigente debe reinventarse. África tiene potencial para construir una integración sólida. Al menos una quincena de países goza de ventajas comparativas (infraestructuras, técnica, tecnología, mano de obra cualificada, etc.) cerca de la media mundial. No sería sin interés asentar la construcción regional sobre ese núcleo. De ello depende en gran medida el desarrollo africano.

Conclusión

En las líneas anteriores hemos podido tratar del continente africano en la dinámica de desarrollo global. Si después de la caída del muro de Berlín, la mundialización que se supone ayudaría a reestructurar el mundo, pacificarlo, democratizarlo, llevar el desarrollo a todos los rincones, fracasa en Occidente, su lugar de origen; es lógico que, en el resto del mundo, incluyendo África, dejase de ser un referente válido.

Existe una crisis constante de modelo para el desarrollo africano, la cooperación Sur-Sur desbanca la cooperación Norte-Sur y el modelo de Estado desarrollista asiático seduce cada vez más, sin embargo, África evidencia algunas buenas expectativas de desarrollo. La pobreza extrema ha bajado en 35%, los jóvenes africanos han mejorado su nivel educativo y el número de clase media está en constante aumento. Ahora bien, de cara al desarrollo mucho camino queda por recorrerse. En 2016 el continente contaba con 233 millones de hambrientos y malnutridos, si la pobreza extrema ha disminuido, el número de pobres, debido al aumento de la población, ha crecido. No obstante, África queda en un lugar privilegiado en la dinámica de desarrollo global, es un punto neurálgico en la geoeconomía mundial.

En suma, más que contradicciones, África tiene un enorme potencial. Simplemente los africanos han de convertir ese potencial en fuerza para el crecimiento. En este sentido, si la mundialización parece fracasar en armonizar los logros locales, la integración aparece una buena apuesta para superar las tensiones geopolíticas que impiden el desarrollo, pero en África, precisamente, esa integración debe reinventarse, de esta depende el desarrollo africano.

Bibliografía

- CALDERISI, R. (2007): *The trouble with Africa: why foreign aid isn't working*, New Haven, Yale University Press, p. 256.
- CHABAL, P. y DALLOZ, P. (2001): *África camina: el desorden como instrumento político*, Barcelona, Bellaterra, p. 229.
- DAMBISA, M. (2009): *Dead aid: why aid is not working and how there is a better way for Africa*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.
- DEATON, A. (2013): *The great escape: health, wealth and the origin of inequality*, Princeton, Princeton University Press.
- EASTERLY, W. (2006): *The white man's burden: why the west's effort to aid the rest have done so much ill and so little good*, Hardcover.
- GROS, G. (1996): "Toward a taxonomy of failed States in the new world order: Decaying Somalia, Liberia, Rwanda and Haiti", *Third World Quarterly*, vol. 17, nº 3, septiembre, pp. 455-471.
- LAMY, P.; GNESOTTO, N. y BAER, M. (2017): *Où va le monde?*, París, Odile Jacob, p. 240.
- LATOUCHE, S. (2005): *La otra África. Autogestión y apañío frente al mercado global*, Barcelona, Oozebap.
- ROBERTSON, C.; MHANGO, Y. y MORAN, M. (2012): *The fattest billion: the story behind Africa's economic revolution*, Hardcover.
- SEVERINO, M. y RAY, O. (2011): *Africa's moment*, Cambridge, Polity Press, p. 352.
- THE ECONOMIST (2013): "No need to dig: many of Africa's fastest-growing economies have not relied on oil or mining", 2 de noviembre.